

Vivir con Cristo (Cap. 11)

Comenzando con Colosenses 3:1-17, Pablo aplica lo que ha expuesto hasta ahora. Esta organización, donde la exposición teológica es seguida por la aplicación práctica, refleja el patrón en Filipenses (capítulos 1, 2 y 3, 4, respectivamente) y está presente en la mayoría de las epístolas de Pablo.¹ Este pasaje se divide en tres secciones principales, cada una comenzando con «*por tanto*» o «*por consiguiente*», seguida de una palabra de mandato dirigida a toda la iglesia:

1. Buscad las cosas de arriba (versículos 1-4).
2. Haced morir lo terrenal en vosotros (versículos 5-11).
3. Como pueblo de Dios, vestíos de cualidades semejantes a Cristo (versículos 12-17).

Como es evidente, cada sección está estrechamente vinculada y se desprende de la anterior. Para *vivir una vida* «digna del Señor» (Colosenses 1:10), es necesario hacer morir las tendencias terrenales de nuestra naturaleza pecaminosa y revestirnos de la vestidura celestial de la justicia de Cristo, la cual no tiene «ni un solo hilo de invención humana».²

Buscad las cosas de arriba

Esta primera sección (Colosenses 3:1-4) se conecta con la anterior (Colosenses 2:20-23) y resume concisamente el tema de toda la epístola. Ambas secciones comienzan con una declaración condicional que, en griego, asume que la condición declarada es un hecho consumado. Se pueden traducir: «Puesto que moristeis con Cristo» (Colosenses 2:20, NVI) y «Puesto que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba» (Colosenses 3:1, traducción del autor). Juntas, señalan el significado simbólico del bautismo como una muerte al pecado y una resurrección a una nueva vida, lo cual fue descrito en Colosenses 2:11-15. Como ese pasaje vívidamente retrata, cuando entregamos nuestras vidas a Jesús y lo aceptamos como nuestro Salvador, nuestros pecados son sepultados bajo las aguas del bautismo, y somos resucitados con Cristo para vivir de aquí en adelante una nueva vida en unión con Él. Tal cambio nunca puede ser fabricado, lo cual era el punto de Pablo al oponerse a las falsas enseñanzas descritas en Colosenses 2. Es solo a través de la maravillosa gracia de Dios —«gracia que perdonará y limpiará por dentro».³

Puesto que Dios «nos ha calificado para participar de la herencia de los santos en luz» y «nos ha trasladado al reino de su Hijo amado» (Colosenses 1:12,13, NASB), las cosas de arriba deberían ser más importantes para nosotros que las cosas de la tierra. Las cosas menores no ocuparán nuestras mentes como lo hacen con tantos hoy, porque vemos una perspectiva más amplia. Aunque nunca

podemos «regocijarnos de la injusticia» (1 Corintios 13:6, ESV/NLT) o de un mundo en guerra, debemos, en cuanto dependa de nosotros, «vivir en paz con todos», reconociendo que la venganza pertenece a Dios (Romanos 12:18, 19, ESV). Esto es importante no solo porque servimos a un reino superior sino, más prácticamente, porque tenemos hermanos y hermanas en ambos lados de cualquier conflicto. En lugar de ver a las personas como enemigos o adversarios, ¿cómo cambiaría nuestra *actitud* si las visualizáramos como nuestros futuros vecinos en el cielo? ¡Imaginemos cuán impactado, pero sin duda gratamente sorprendido, estará Esteban al ver a Pablo en el cielo!, a pesar de que en ese momento «Saulo consentía en su muerte» (Hechos 8:1) y «perseguía la iglesia de Dios» (1 Corintios 15:9; Gálatas 1:13). Cuando Cristo regrese, nosotros y quizás algunos otros inesperados «apareceremos con él en gloria» (Colosenses 3:4). La familia de Dios en la tierra estará compuesta por «toda nación, tribu, lengua y pueblo» (Apocalipsis 14:6; cf. 10:11). Por eso se nos exhorta ya a borrar las distinciones de clase dentro de la iglesia, «donde no hay griego ni judío, circuncidado ni incircunciso, bárbaro, escita, esclavo ni libre, sino que Cristo es todo y en todos» (Colosenses 3:11).

Haced morir lo terrenal en vosotros

Puesto que todo esto es verdad, puesto que hemos sido resucitados con Cristo y apareceremos con Él en gloria, lo terrenal en nosotros debe morir. Jesús no hará ese trabajo por nosotros. Nos corresponde a nosotros, mediante su gracia y poder, *hacerlo morir*. Después de haber muerto al pecado por la fe en el sacrificio de Cristo, continuar participando en conducta pecaminosa es una elección (Colosenses 3:5-17; Romanos 6:5-23; Gálatas 2:20). «Cuando el deseo ha concebido, da a luz el pecado» (Santiago 1:15), pero no antes. Afortunadamente, «No está en el poder de la tierra o del infierno obligar a nadie a pecar. La voluntad debe consentir, el corazón debe ceder, o la pasión no puede dominar la razón, ni la iniquidad triunfar sobre la justicia».⁴ Los ejemplos de terrenalidad dados aquí en Colosenses 3:5 son predominantemente formas ilícitas de sexualidad. «Fornicación» o inmoralidad sexual (gr. *porneia*) es un término amplio en la Escritura que incluye «prostitución, relaciones sexuales prematrimoniales, adulterio, incesto y actividad homosexual —en resumen, relaciones sexuales fuera del matrimonio heterosexual monógamo».⁵ Además, Pablo usa regularmente los términos «inmundicia» (gr. *akatharsia*) y «pasión» (gr. *pathos*) junto con otras referencias a pecados sexuales (véase [*akatharsia*] Romanos 1:24; 2 Corintios 12:21; Gálatas 5:19; Efesios 4:19; 5:3 y [*pathos*] Romanos 1:26; 1 Tesalonicenses 4:5). La(s) palabra(s) para «codicia» o «mal deseo» (gr. *epithymia* [*kaké*]) se usa(n) de manera similar (Romanos 1:24; Gálatas 5:24; 1 Tesalonicenses 4:5) pero también tiene(n) una connotación más amplia que incluye la codicia (Romanos 7:7, 8), «que es idolatría» (Colosenses 3:5), y otros deseos pecaminosos o «obras de la carne» (Gálatas 5:19-21, 24).

Por el contrario, los cristianos deben manifestar «el fruto del Espíritu». En consecuencia, «la pureza en la vida cristiana fluye de la justicia justificadora de Dios recibida por la fe en la muerte y resurrección de Cristo».⁶ Como «hijos de luz» (Efesios 5:8; 1 Tesalonicenses 5:5) cuya «ciudadanía está en los cielos» (Filipenses 3:20), nuestras vidas, por la gracia de Dios, se caracterizarán por la obediencia en lugar de la desobediencia. La transición de la *vieja vida* a la *nueva* se describe como despojarse del «viejo hombre» y revestirse del «nuevo hombre» (Colosenses 3:9,10).⁷ Nótese que la *vieja manera de vivir* se describe principalmente en términos de los pensamientos y sentimientos internos: «ira, enojo, malicia, blasfemia», así como «palabras deshonestas de vuestra boca» y mentiras (Colosenses 3:8, 9). Cambiar estos pensamientos y sentimientos internos solo puede venir a través del milagro de la creación. La nueva persona es «creada» a la semejanza e imagen del Creador (Colosenses 3:10).⁸

Como pueblo de Dios, vestíos de cualidades semejantes a Cristo

Pablo ahora extrae la conclusión lógica: Si nos hemos revestido del «nuevo hombre» o nueva manera de vivir, entonces, «como escogidos de Dios, santos y amados» (Colosenses 3:12), debemos vivir de esa manera. Como resultado de esta «nueva creación» (2 Corintios 5:17), toda nuestra forma de vida cambiará y comenzará a reflejar las cualidades del cielo: misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, perdón y «el amor [gr. *agape*], que es el vínculo de la perfección» (Colosenses 3:12-15). Si bien la palabra *amor* en inglés puede significar muchas cosas diferentes, la comprensión cristiana del amor *agape* se refiere al amor abnegado visto en la vida de Jesús. Debemos estudiar su vida, sus palabras, sus acciones para comprender verdaderamente su «mandamiento nuevo [...]: Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Juan 13:34, NASB).

Este cambio interno ocurre porque la mente ha sido «transformada» (gr. *metamorphoó*, Romanos 12:2). Esta palabra griega (de la cual obtenemos «metamorfosis») es la misma palabra utilizada para describir la transfiguración de Jesús de su apariencia terrenal normal a ser revestido de gloria celestial (Mateo 17:2//Marcos 9:2). El punto de Pablo es que esta *transformación interna*, esta *renovación espiritual*, es igual de milagrosa porque la presencia de Dios nos es impartida y vive en nosotros a través del Espíritu Santo. Al contemplar a Jesús tal como es revelado en la Escritura, aceptando sus palabras, aprendiendo de sus caminos y siguiendo su voluntad, nuestras mentes son literalmente «transformadas [gr. *metamorphoó*] de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3:18).

Si bien el proceso espiritual por el cual esto ocurre está más allá del alcance de nuestros métodos científicos para medir, investigaciones recientes sobre el cerebro humano han demostrado que nuestras mentes pueden ser moldeadas y cambiadas a lo largo de la vida. Esta capacidad se llama

neuroplasticidad, que es «la capacidad del cerebro para reorganizarse formando nuevas conexiones neuronales a lo largo de la vida. El cerebro, como órgano adaptativo, puede crear nuevas células nerviosas [...] para compensar lesiones/enfermedades» y en respuesta «a nuevas situaciones o a cambios en el entorno del aprendiz».⁹ Así podemos adaptarnos a circunstancias cambiantes y aprender de la experiencia. A diferencia de la mayoría de las partes del cuerpo, el cerebro, mientras se mantenga sano, nunca se desgasta. Teóricamente, entonces, siempre es susceptible a la influencia del Espíritu Santo. Las personas convertidas pueden parecer la misma persona por fuera, pero por dentro, el Espíritu Santo puede realizar un cambio completo en la vida de una persona. Los viejos pensamientos, hábitos y adicciones pueden ser abandonados, y nuevos pensamientos y hábitos saludables pueden ser desarrollados.

Elena G. White describe claramente cómo ocurre este cambio: «La verdad obra secreta, silenciosa y firmemente para transformar el alma. Las inclinaciones naturales se suavizan y se subyugan. Se implantan nuevos pensamientos, nuevos sentimientos, nuevos motivos. Se establece un nuevo estándar de carácter: la vida de Cristo. La mente cambia; las facultades se despiertan para la acción en nuevas líneas. El hombre no es dotado de nuevas facultades, sino que las facultades que tiene son santificadas. La conciencia se despierta. Somos dotados de rasgos de *carácter* que nos permiten servir a Dios.»¹⁰

Nótese que la verdad es lo que produce este cambio. La verdad importa. Por eso Pablo corrige el error con vehemencia y expone diligentemente la verdad en sus epístolas. Nos anima a unirnos en unidad y verdad utilizando dos imperativos:

1. «La paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos» (Colosenses 3:15). La palabra griega traducida como «g gobierne» se usa solo aquí en el Nuevo Testamento. Procede del mundo de los deportes (la forma sustantiva, que significa «premio», aparece en 1 Corintios 9:24 y Filipenses 3:14). El verbo se refiere a la decisión tomada por un árbitro y, en este contexto, significa que debemos permitir que la paz de Dios *arbitre* entre las diferencias que puedan surgir en la iglesia.
2. «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor» (Colosenses 3:16). «La palabra de Cristo» es la fuente de sabiduría. Su palabra debe inspirar nuestra música, que ha de ser el medio para enseñarnos y amonestarnos (o advertirnos)¹¹ unos a otros en la iglesia.

La citación de varios himnos a lo largo de este libro no ha sido accidental. Pretende *ilustrar el valor* y la importancia de la buena música, la cual Pablo define más específicamente como «salmos e

himnos y cánticos espirituales» y «cantando con gracia». La música es impactante. Basta con notar cómo establece el ambiente en las películas. La música se elige con bastante intención para generar emociones que van desde la alegría a la tristeza o del suspense al susto. Nos estamos engañando si pensamos que es neutral y no tiene efecto en nuestra *condición espiritual*. La música también perdura. La mayoría de las personas pueden recordar música que no han escuchado en décadas. La música edificante, con palabras inspiradoras, ha bendecido a los creyentes a lo largo de los siglos.

Investigaciones recientes también han estudiado los efectos de la música en la salud mental. La música clásica y tranquila puede reducir la ansiedad, optimizar la función cerebral, aumentar la relajación, ayudar con el dolor y mejorar la socialización.¹² La Escritura, según un análisis, caracteriza la «música celestial» como «de tono suave, armoniosa, feliz, gozosa, rica, melodiosa, perfecta, apacible, la música más dulce, como el canto de los pájaros».¹³ Podría ser útil para nosotros considerar cómo la música que escuchamos regularmente se compara con esta descripción de la «música celestial». Curiosamente, Elena G. White contrasta la música celestial con los sonidos de mucha música terrenal: «Se me ha mostrado el orden, el orden perfecto del cielo, y me he sentido arrebatada mientras escuchaba allí la música perfecta. Después de salir de la visión, el canto aquí me ha parecido muy áspero y discordante».¹⁴ Sin embargo, ella también señala que la música es «uno de los medios más eficaces para impresionar el corazón con la verdad espiritual».¹⁵ El *principio* que Pablo nos da al final de esta tercera sección es importante, aplicándose no solo a nuestra música y canto, sino a cada aspecto de nuestras vidas: «Todo lo que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Colosenses 3:17) y haciendo «todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31).

1. Véase, p. ej., Romanos 1-11; 12-16; 1 Corintios 1-10; 11-16; Gálatas 1-3; 4-6; Efesios 1-3; 4-6.

2. Ellen G. White, *Christ's Object Lessons*, (Washington, DC: Review and Herald®, 1941), 311.

3. Julia H. Johnston, "Maravillosa Gracia" (1911).

4. Ellen G. White, *Maranatha* (Washington, DC: Review and Herald®, 1976), 225.

5. Ekkehardt Mueller, "Porneia: Inmoralidad Sexual," en *Sexuality: Contemporary Issues from a Biblical Perspective*, ed. Ekkehardt Mueller y Elias Brasil de Souza, Biblical Research Institute Studies in Biblical Ethics (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, 2022), 31. Véase también Clinton Wahlen, "Abrazando el Hermoso Diseño de Dios," *Adventist Review*, noviembre de 2024, 18-21, republicado en línea en <https://humansexualityv.org/embracing-qods-beautiful-design>.

6. Clinton Wahlen, *Jesús and the Impurity of the Spirits In the Synoptic Gospels*, Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament 2/185 (Tübingen: Mohr Siebeck, 2004), 16.

7. No debemos psicologizar esta experiencia, aunque muchas traducciones la hacen sonar así (del «viejo yo» al «nuevo yo», ESV, NASB, NIV, NRSV).

8. La frase griega usada aquí (*kat' eikona*) es idéntica a la usada en Génesis para la creación de los seres humanos a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26, 27, LXX).

9. Peter H. Harasym, "Neuroplasticidad y Pensamiento Crítico," *Kaohsiung Journal of Medical Science* 24, no. 7 (julio de 2008), 339, 340. Véase también Matt Puderbaugh y Prabhu D. Emmady, "Neuroplasticidad" (Actualizado el 1 de mayo de 2023), en *StatPearls* (Treasure Island, FL: StatPearls Publishing, 2025), <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/books/NBK557811/>. Cerca del final del artículo, Puderbaugh y Emmady mencionan específicamente el papel vital de factores ambientales como la música («para mejorar la cognición y otras funciones ejecutivas»), el ejercicio («para mejorar la memoria episódica y la velocidad de procesamiento, además de disminuir la atrofia del hipocampo relacionada con la edad»), añadiendo que «una dieta saludable también ha demostrado ser útil para esto». Por último, comentan que «se ha demostrado que reducir el estrés y evitar la privación del sueño son útiles para mejorar la memoria, la capacidad de atención y otros dominios de la cognición».

10. White, *Christ's Object Lessons*, 98.

11. La misma palabra griega (*noutheteó*) también se usa anteriormente en el sentido de advertencia en conexión con la enseñanza (Colosenses 1:28).

12. Neil Nedley, *The Lost Art of Thinking* (Nedley Publishing, 2011), 298, 299.

15. Nedley, *Lost Art of Thinking*, 306.

14. Elena G. White, *Testimonies for the Church* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1948), 1:146.

15. Elena G. White, *Education* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1952), 168.